



# ESPAÑA

LA REVOLUCIÓN PENDIENTE (1808-2016)

José María Carrascal



ESPASA

JOSÉ MARÍA CARRASCAL

ESPAÑA:  
LA REVOLUCIÓN PENDIENTE  
(1808-2016)



© José María Carrascal, 2016  
© Espasa Libros, S. L. U., 2016

Diseño de cubierta: Jaime Fernández  
Imágenes de cubierta: José Casado del Alisal, *El juramento de las cortes de Cádiz de 1810*, Madrid, Congreso de los Diputados. © Oronoz-Album (superior). *Firma de la Constitución Española de 1978 por Juan Carlos I.* © Central Press/Hulton Archive/Getty Images (inferior).

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 15.064-2016  
ISBN: 978-84-670-4843-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 1970 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradece cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es).

Impreso en España/*Printed in Spain*  
Impresión: Cayfosa, S. A.

Espasa Libros, S. L. U.  
Avda. Diagonal, 662-664  
28034 Barcelona  
[www.espasa.es](http://www.espasa.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

# ÍNDICE

ADVERTENCIA AL LECTOR .....	9
1. EL BINOMIO NACIÓN-REVOLUCIÓN .....	11
2. PRERREVOLUCIONES .....	23
3. CÁDIZ: LA PRIMERA CONSTITUCIÓN .....	41
4. EL TRIENIO LIBERAL (1820-1823) .....	52
5. LA DÉCADA LIBERAL (1833-1843) .....	57
6. EL BIENIO PROGRESISTA (1854-1856) .....	61
7. EL QUINQUENIO LIBERAL (1858-1863) .....	64
8. LA «GLORIOSA» (1868) .....	69
9. LA PRIMERA REPÚBLICA (1873) .....	73
10. LA RESTAURACIÓN (1876-1923) .....	76
11. LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA (1923-1930) ..	89
12. LA SEGUNDA REPÚBLICA (1931-1936) .....	94
13. LA GUERRA CIVIL (1936-1939) .....	106
14. EL FRANQUISMO: REVOLUCIÓN CONTRARREVO- LUCIONARIA (1939-1975) .....	113
15. LA TRANSICIÓN (1976-2011) .....	191
16. LA SEGUNDA TRANSICIÓN (2011-2016) .....	243

# 1

## EL BINOMIO NACIÓN-REVOLUCIÓN

### Nación

Cuando José Luis Rodríguez Zapatero dijo «nación es un concepto discutido y discutible» se equivocó en el objeto, pues se estaba discutiendo de España y España es una realidad como una casa, por más que discutamos sobre ella. Pero no se equivocaba en términos generales, pues hay naciones y naciones tanto en el tiempo como en el espacio. Etimológicamente viene del latín *natio-onis*, relacionado con el nacimiento de una persona o comunidad de ellas. El diccionario la define como «el conjunto de individuos del mismo origen étnico, que generalmente hablan el mismo idioma, habitan en el mismo espacio geográfico y tienen una tradición común». A lo que podría añadirse la religión, el folklore, la idiosincrasia, la cocina y la forma de vida. Una gran familia, en fin, con reminiscencias tribales o de clan.

Pero ni mucho menos puede tomarse al pie de la letra. Los judíos han venido hablando de la «Nación de Israel», y sintiéndola como tal, durante veinte siglos estando

esparcidos por todo el mundo, mientras los suizos hablan tres lenguas y nadie duda de la nación helvética desde Guillermo Tell. Iría más lejos: no existe país más diverso, más multiétnico, más descentralizado que Estados Unidos y, sin embargo, es difícil encontrar otro donde el sentimiento nacional esté más arraigado, incluso entre los más recientes inmigrantes. Mucho cuidado, pues, con la palabra «nación», porque podemos llevarnos unos chascos enormes con ella y conducirnos a errores de bulto. Sobre todo en España, como estamos viendo. José Álvarez Junco mantiene en *Dioses Inútiles* el paralelismo entre nación y religión, al ser la principal función de ambas establecer una identidad colectiva del individuo, es decir, decirle quién o qué es «lo que le da autoestima». Es más, el catedrático emérito ve a las naciones como continuadoras de las religiones, cuando empieza la decadencia de estas en las sociedades modernas. Y puntualiza: «Se trata de sistemas de creencias que tienen efectos políticos de los que se benefician ciertas élites. ¿Qué élites? Las nacionalistas». Para terminar advirtiendo: «Hoy el nacionalismo es el gran prisma deformador del pasado. A la Historia no le queda otra (misión) que trabajar con los matices para plasmar la complejidad de su objeto de estudio». Algo más necesario hoy que nunca en España.

Pero vayamos a los comienzos de ese extraño maridaje que tratamos de desgranar aquí. No cabe duda de que las revoluciones democrático-liberales de los siglos XVIII y XIX traspasaron la soberanía real («El Estado soy yo», según diría Luis XIV) al pueblo en su conjunto. De ahí que, cuando Luis XVI, asombrado por lo que le estaban haciendo sus súbditos, pregunta: «¿Quién manda aquí? Yo soy el soberano», le contestan «No, perdone, el sobe-

rano somos nosotros, la nación». Lo que hace a la revolución la partera de la nación moderna. Dicho a la inversa: si no hay revolución, no habrá nación, al menos en un sentido pleno, se quedará en crisálida. Walter Benjamin, en su *Discurso a la nación europea*, nos lo advertía: «O sacamos adelante Europa o seremos niños para siempre», tema candente hoy, pero en el que no vamos a entrar, al tener trabajo más que sobrado con nuestro país.

En España, la nación ha sido desde antiguo patrimonio de la derecha —no por casualidad el bando franquista se calificó desde el principio como «nacional»—, con connotaciones conservadoras, tradicionales, reaccionarias incluso; es decir, algo cerrado, exclusivo. Lo que no impidió que durante un largo periodo se hablase de España como «Madre patria» de las naciones hispanas e incluso se denominase el 12 de Octubre «Día o Fiesta de la Raza», cuando lo que se conmemoraba era todo lo contrario: una fusión de razas. Pero en el nuevo continente todavía perdura tal denominación, y la *parade* de ese día por la Quinta Avenida neoyorkina sigue llevando ese nombre. Miren ustedes cuántas acepciones tiene la nación y a cuántas confusiones puede llevar.

Existe, sin embargo, un concepto de «nación» que poco o nada tiene que ver con este. Un concepto dinámico, activo, que no mira al pasado sino al futuro y ha sido el motor de las naciones modernas. Un concepto que se refiere más a la patria de los hijos, por hacer, que a la de los padres, ya hecha. Renan la definió como «un plebiscito diario» entre los ciudadanos de un país para decidir entre todos los asuntos que a todos conciernen y los representantes encargados de ellos. Ortega, con esa prosa modernista que es una de sus mejores cualidades, la lla-

mó «un proyecto sugestivo de vida en común». La palabra clave es la última, «común». Comunidad es la base de la nación moderna. Las viejas clases sociales, estamentos aislados entre sí, se funden en un proyecto común. Suena muy bien, pero es un proyecto todo menos fácil, pues las clases acomodadas se resistirán por todos los medios a ceder sus privilegios. A menudo no se conseguirá sin echar mano de la fuerza e incluso cortar cabezas. Nación moderna y revolución, que es el tema de este libro, nacen así hermanadas. La una no puede existir sin la otra.

## Revolución

Cerca de la hostelería de la Luna, donde se está librando la batalla de Valmy entre las tropas francesas y las de los imperios centrales, el consejero del Ducado de Weimar Johann Wolfgang Goethe ve morir a un guardia republicano envuelto en la bandera tricolor, gritando «*Vive la nation!*». Oficiales del Ducado se acercan a su excelencia para pedirle su opinión. Su respuesta:

—En este lugar y día, 20 de septiembre de 1792, comienza una época de la historia que durará mucho.

No se equivocaba aquel hombre con ojos de águila para tantas cosas, la historia entre ellas. En efecto, había empezado la época de los nacionalismos. Pero de los nacionalismos modernos, revolucionarios. Y había muerto la de los nacionalismos antiguos, conservadores. Lo que no podía imaginar Goethe era que el nacionalismo acabaría siendo una de las fuerzas más reaccionarias de la escena política. Pero a tanto no llegaba su vista, y ya hablaremos de ello en su momento. En aquel, la nación



era la fuerza más dinámica de la escena política, al llegar a lomos del corcel más brioso: la revolución.

Sobre la revolución hay también distintos conceptos, sin llegar a tantos como los de la nación. De forma general podemos decir que se trata de un «cambio violento de la realidad existente», aunque también ha habido revoluciones silenciosas e incluso revoluciones llevadas a cabo por regímenes conservadores, como la tenida lugar en Prusia, donde aquellos «reyes sargentos» acogían a intelectuales como Voltaire, que huían de países donde no podían exponer sus ideas sin graves riesgos. O sea que ojo también con las revoluciones.

El mejor análisis de la revolución, para mí, es el que hace Ortega y Gasset en su ensayo *El ocaso de las revoluciones*, donde sostenía que las revoluciones se habían acabado debido a su origen idealista, una vez que el idealismo había cerrado su ciclo histórico dejando paso, tanto en la filosofía como en la política, a una era en la que la vida se convertía en eje y motor de la actividad humana. Una tesis que puede tanto aceptarse como rechazarse, pues la vida siempre ha regido nuestra existencia, incluso cuando no nos percatábamos de ello, aunque en aquella época, los años veinte a treinta del siglo pasado, triunfantes los comunismos y fascismos, hubiese adquirido una fuerza arrolladora, con la democracia en franca retirada. Hoy sabemos en qué acabó, por lo que el ocaso de las revoluciones predicho por el maestro que había bautizado su filosofía como «vital» está en duda. Más, cuando se anuncian revoluciones por todas partes y de todos los signos, de izquierdas y derechas. Con todo, sigo pensando que el núcleo de la idea de Ortega sobre la revolución es acertado: «Las revoluciones —dice entrando ya en

materia y dando en el blanco con una de esas frases redondas tuyas que muestran tanta intuición como reflexión lógica— se hacen contra los usos, no contra los abusos. Si son únicamente contra los abusos, se quedan en meras revueltas, que arreglan muy poco, de mantenerse los usos habituales en el país que ocurren». Es por lo que, añade como corolario y con la vista puesta en el siglo XIX, en España hemos tenido muchas revueltas y muy pocas revoluciones. Tan pocas, añadiría por mi cuenta y riesgo, que ninguna, como intento demostrar en este libro.

Partiendo de esta idea, podemos considerar la revolución no como un mero cambio de Gobierno, sino como un cambio total en la estructura económica, social, política y mental de un país. Una especie de «salto cuántico», como los ocurridos en física, que convierten al país en otro distinto al que era. De ahí que las revueltas de esclavos en la antigüedad no puedan considerarse auténticas revoluciones, ni incluso los alzamientos de los *irmandiños* o las *Guerras de los Remensas* en la Galicia y Cataluña medievales, que buscaban solo mejorar las condiciones de una clase determinada, la de los siervos, pero no acabar con el entero sistema feudal.

Habrá que esperar al Renacimiento para encontrarse con cambios de más calado y amplitud. Marx, sin duda el mejor experto en revoluciones, no duda en incluir la Reforma protestante de Lutero como una de las primeras revoluciones, y si pensamos en hasta qué punto trastocó el mapa socio-político de Europa no hay duda de que merece ese nombre. Tiene, sin embargo, un fallo: el económico, fundamental para la transformación de las sociedades. Cuando los campesinos alemanes quisieron apro-

vechar el alzamiento de sus señores contra el emperador al amparo de la Reforma protestante para sacudirse ellos el yugo feudal, los señores reaccionaron violentamente, aplastándoles en *Der Bauernkrieg*, la Guerra de los Campesinos, con el respaldo del propio Lutero, protegido de aquellos, lo que impide considerar su Reforma una completa revolución, aunque sin duda los cambios de mentalidad que trajo —sobre todo en lo que respecta a la relación directa del hombre con Dios— ayudaron de forma decisiva a la apertura de mentes y la renovación de ideas que germinarían más tarde en auténticas revoluciones.

También los choques que poco más tarde se dieron entre la Corona inglesa y sus Cámaras sobre quién era el encargado de fijar los impuestos y la forma de gastarlos, que terminaron con el triunfo del *Parliament* y le costaron la cabeza a un rey, fueron el anuncio de un cambio profundo en el viejo equilibrio entre las fuerzas que venían ocupando el poder y las nuevas que se lo disputaban. El hecho, sin embargo, de que los ingleses hayan vivido al margen del *Continent*, como ellos llaman a Europa, y de que conservaran la monarquía, pone un interrogante sobre su *revolución*. Algo parecido ocurre con sus primos hermanos, los norteamericanos, que llaman revolución a su Guerra de Independencia. En realidad se trató del alzamiento de las 13 Colonias norteamericanas contra la Metrópoli (1776), que les exigía pagar impuestos, que ellas no habían aprobado, para financiar sus guerras en Europa, que ellas no habían querido. El resultado fue la creación de una nación de nueva planta, si bien los padres de la misma se inspiraron en las ideas que venían circulando por Europa desde hacía tiempo y estallarían con la Revolución francesa (1789). Pero antes

de meternos de lleno en ella creo necesario advertir que tampoco esas ideas, conocidas de forma genérica como *La Ilustración*, constituyeron en sí una revolución, sino solo el germen de la misma. El lema de los *ilustrados*, al menos de aquellos que se dedicaban a la política, era «todo para el pueblo, pero sin el pueblo», es decir, pretendían elevar el nivel tanto cultural como económico de las clases bajas, pero manteniendo el estatus de las altas: de ahí que se les conozca como *déspotas ilustrados*, sin duda mejores que los sin ilustrar, pero no por eso menos déspotas. De ahí también que bastantes de ellos, cuando llegó la verdadera revolución, pusieran tierra por medio, si es que antes no les habían cortado la cabeza. En España tenemos algún ejemplo de ellos, como hablaremos a su debido tiempo.

La verdadera revolución empieza, como queda dicho, en 1789, al negarse los Estados Generales, o representantes de los distintos estamentos de la sociedad, a obedecer la orden del rey, Luis XVI, de disolverse, convirtiéndose en Asamblea Nacional (luego Asamblea Constituyente) con plenos poderes. El Antiguo Régimen dejaba paso a uno Nuevo, en el que los ciudadanos iban a detentar la soberanía, en vez de la monarquía, la nobleza y el alto clero como hasta entonces. Pronto se vio, sin embargo, que era la burguesía la que asumía el mando, con distintas facciones, sin que las clases populares, menestrales, campesinas, tuvieran representación ni participación real en la Asamblea, donde los más radicales (*La Montaña*, por sentarse en los escaños más altos) lograron imponerse durante algún tiempo, cambiando hasta los nombres de los meses, aunque sus características quedaron reflejadas en el nombre que recibió su etapa revolucionaria,

*el Terror*, en la que la guillotina hizo horas extraordinarias. Estos excesos acabaron con el experimento, e incluso con sus descubridores, aunque su onda expansiva iba a sacudir Europa con la fuerza de un terremoto y la magnitud de un tsunami. Nada, incluso en los países que lucharon contra la revolución, que fueron casi todos los demás, volvió a ser lo mismo, aunque la Francia republicana tuviera que pasar por un *bonapartismo* que devendría en nuevo imperio. Eso sí, el Código Civil, con sus derechos y deberes ciudadanos, había llegado para quedarse. Fue el legado más importante de la Revolución francesa, como los regímenes que dejó tras sí Napoleón en distintos países europeos, algunos de los cuales, como Suecia, todavía conservan su dinastía. No en España, desde luego.

Como queda dicho, a esa revolución, con toda su capacidad mutante, le faltaba incluir el segmento más amplio y desvalido de la sociedad: las clases bajas. De ahí que Marx la calificase, acertadamente, de «revolución burguesa». La burguesía, compuesta por comerciantes, industriales, banqueros y empresarios, se había convertido en la clase dominante, con el capitalismo como sistema económico incuestionado. Un capitalismo sin escrúpulos, como ilustra el apelativo con el que se le conoció: el de los «barones ladrones», que aprovechando la revolución industrial y el desarrollo del comercio, entre ellos el de esclavos africanos a América, hacían enormes fortunas, mientras los artesanos perdían sus medios de vida al no poder competir con las máquinas. Marx nos ha contado con minuciosidad y dolor la tragedia de aquellos maestros que tenían que cerrar sus talleres, de sus oficiales que se quedaban en paro, de sus aprendices sin futu-

ro, al no poder competir con las grandes fábricas o trabajar en ellas con mentalidad de hormigas, salarios mínimos y sin la menor asistencia social. Los que no encontraban trabajo pasaban a engrosar un proletariado sin oficio ni beneficio en las ciudades, creando bolsas de pobreza junto a los campesinos sin tierras que cultivar que llegaban del campo. Una auténtica bomba de relojería. Marx explica en su teoría de las «contradicciones del capitalismo», que este terminaría trayendo su desplome: el empobrecimiento de la clase trabajadora dejaba a los dueños de las fábricas sin clientes para sus productos llevándoles a la bancarrota, como ya empezaba a ocurrir. Lo que llevaría a otra revolución, la «proletaria», cuyos protagonistas serían los desheredados y en la que los medios de producción estarían controlados por el Estado, al servicio de los ciudadanos. Ello, sin embargo, requería una condición: que antes hubiera tenido lugar una revolución burguesa, propiciadora de ese capitalismo explotador y unas masas proletarias dispuestas a rebelarse. Y en efecto, el siglo XIX fue un siglo revolucionario a la vez que nacionalista, pues surgen varias naciones, entre ellas dos de las más importantes, Alemania e Italia, así como partidos de izquierda, socialistas y comunistas, con sus respectivos sindicatos y constantes agitaciones.

Con lo que no contaba Marx era con la capacidad del capitalismo de adaptarse y reinventarse, muy superior al de la izquierda. Para salir de esa «contradicción» que le llevaba a la ruina y a la revolución proletaria, el capitalismo se inventó un aumento de los salarios de sus trabajadores; no demasiado, desde luego, pero suficiente para convertirlos en clientes de sus productos y evitar así la bancarrota. No en todas partes, desde luego, lo que llevó

a innumerables conflictos laborales, algunos de ellos sangrientos, y habrá que esperar al siglo XX para que la clase proletaria se convierta en clase media, así como el socialismo militante se convierta en socialdemocracia, dispuesta a pactar sueldos y condiciones laborales con un capitalismo ya no de los «barones ladrones», sino domesticado por la realidad en los países más avanzados. En España no llegaría hasta 1978. Pero no avancemos acontecimientos.

La última paradoja fue que el único país donde triunfó la revolución proletaria fue Rusia, que no había tenido la revolución burguesa ni estaba industrializado, las dos condiciones señaladas por Marx para que triunfase. Lenin y Trotsky, sus promotores, lo sabían perfectamente. Pero no quisieron desaprovechar la oportunidad que les ofrecía la derrota del régimen zarista por el Ejército alemán en la Primera Guerra Mundial para declarar la revolución proletaria, saltándose la burguesa. Son bastantes los analistas que atribuyen la dureza y falta de libertades del régimen soviético a esa carencia. Sin duda influyó, pues el salto de un régimen de siervos a una «república de trabajadores», como se proclamaba la URSS, era demasiado grande para no llevarse con él muchos restos del pasado. Personalmente, sin embargo, no creo que esa fuera la causa principal. El comunismo lleva en su seno un componente de «sociedad perfecta» que casa mal con la imperfecta naturaleza humana. Por mucho «paraíso de los trabajadores» que se proclame, los hombres no somos ángeles y solo a la fuerza se nos obliga a comportarnos como ellos. Quiero decir que tendrá que ponerles un ángel guardián al lado, pero no con alas, sino con porra, o un purgatorio en forma de gulag. Pero esa es

otra historia que la que estamos contando aquí. ¿O es la misma?

En cualquier caso, creo que ya estamos situados en la plataforma para abordar de lleno el tema que intentábamos desarrollar: la revolución es el crisol en el que se funde y funda la nación moderna, es decir, la nación que trasciende el viejo sentido de nación como mero conglomerado de individuos unidos por lazos de sangre, raza, religión, costumbre y tradiciones para convertirse en cuerpo de ideales y propósitos comunes. Sin esos propósitos e ideales compartidos no habrá nación moderna, seguirá siendo la vieja nación, la nación aún sin madurar. La revolución se convierte así en una especie de reválida de las naciones modernas, aquellas que han llegado a la mayoría de edad.

Y la gran pregunta que se nos plantea a los españoles es: ¿ha llegado España a esa mayoría de edad o seguimos todavía en su estado adolescente? Dicho de otra forma: ¿hemos tenido una auténtica revolución, burguesa o proletaria?

Este libro intenta contestar a esa pregunta. Como verán de inmediato, si no lo hemos logrado no es por falta de ganas. No una, sino hasta trece veces lo hemos intentado, la última, con la transición democrática.

«¿Trece? —dirán algunos—. El número de la mala suerte».

Pero no nos precipitemos. Si los caminos de Dios son inescrutables, los de la Historia son, sencillamente, veleidosos.